

En tanto el noble mancebo  
El ancho jardín cruzó,  
Murmurando por lo bajo  
Enamorada canción.  
«¡Oh! Vuelve, noche sin ruido,  
Con tu sombra sin color,

Con tus viejos sin cuidado  
Y con tus dueñas sin voz;  
Porque, cuando todos duerman,  
Volvamos á velar dos:  
*Ella*, en la reja sentada,  
Y al pie de la reja, *yo*.»



## La sorpresa de Zahara.

ROMANCE DE 1841

### I

Está Zahara en una altura  
entre montaña y colina  
sentada en la peña dura,  
que asoma la cresta obscura  
por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos  
de noche hogueras en ella,  
no distinguen los paisanos  
si son sus fuegos lejanos  
luz de atalaya ó de estrella.

Y al bajar al Occidente  
confunde la luz del sol  
las lágrimas de la fuente  
y el arnés resplandeciente  
del centinela español.

Y si alguna nube errante  
del valle exhalada sube,  
parece el pendón flotante  
hijo de la blanca nube  
que va saltando delante.

Allí los moros pusieron  
sus atalayas un día:  
un foso después abrieron,  
y la villa concluyeron  
porque el invierno venía.

Tuviéronla muchos años  
de los cristianos guardada,

y con mil modos extraños  
causáronles muchos daños  
en guerra tan prolongada.

Que á la sombra guarecidos  
de las huertas y olivares,  
bajaban como bandidos,  
y robaban atrevidos  
alquerías y lugares.

Los cristianos toleraban  
con rabia tales desmanes  
y vengarse meditaban,  
mientras ufanos ocupaban  
la villa los musulmanes.

Éstos, por cierto, valientes,  
eran pocos, confiados  
en el brio de sus gentes;  
los otros, que eran prudentes,  
los cogieron descuidados.

Con fosos y torreones  
guarda hoy la morisca villa  
en sus pardos murallones  
los sobrepuestos blasones  
de Aragón y de Castilla.

Que los nuestros la asaltaron,  
y guardarla no supieron  
los moros que la fundaron;  
cinco veces la ganaron  
y otras cinco la perdieron.

Por eso los vencedores  
alzaron doble muralla,

y alzaron torres mayores  
para quedar los mejores  
en el sol de la batalla.

Por eso una sola senda  
dejaron en todo el cerro,  
porque más fácil se atiende  
la sola puerta de hierro  
si se empeña la contienda.

Por eso están los cristianos  
malamente entretenidos  
en casa de los villanos,  
en pensamientos livianos  
con las mozas divertidos.

Que osados y licenciosos  
son además los soldados  
cuando en puestos apartados  
les dejan vivir ociosos  
por fuertes ó por cansados.

Pero avaros de venganza,  
mas advertidos los moros,  
hicieron punta á su lanza  
mientras ellos en holganza  
jugaban zambras y toros.

«De más á esos perros ya  
la villa estuvo sujeta,  
dijeron; vamos allá,  
que por nosotros está  
la voluntad del Profeta.»

Misteriosa expedición  
propusieron á tal fin;  
y para aquesta ocasión  
dieron gentes en unión  
la Alhambra y el Albaicín.

Salió el viejo rey Hazem  
con gente muy escogida,  
y dicen los que le ven:  
«Alá te lleve con bien,  
y vuelvas con honra y vida.»

Saludóles al pasar  
el musulmán con la mano,  
diciendo el arco al cruzar:  
«Le tengo de festonar  
con cabezas de cristiano.»

La tarde estaba nublada,  
el viento ronco mugía,  
y gruesa lluvia pesada,  
la noche apenas entrada,  
en anchas gotas caía.

Veló medrosa la faz  
la luna entre nubes pardas,  
y brilló en la obscuridad  
el relámpago fugaz  
en broqueles y alabardas.

Caídos los martinetes  
sobre las mojadas telas  
revueltas en los almetes,  
caminaban los jinetes  
el lodo hasta las espuelas.

Mohino el Rey por demás,  
iba escuchando el rumor  
de los pasos á compás;  
después iba un atambor,  
y los soldados detrás.

Iban entre los peones,  
en vez de picos y palas  
y estrepitosos cañones,  
muchos moros con escalas  
para entrar los torreones.

La luz del siguiente día  
apenas cumplida fué,  
ya Zahara se descubría;  
llegó la noche sombría  
y la tocaron al pie.

Contó el Rey cuidadosamente  
las hogueras y señales;  
consultando diligente,  
sus espías y su gente  
partió en dos bandas iguales.

Guardando el cerro dejó  
los jinetes y escuderos,  
y él mismo después trepó  
con algunos caballeros  
y soldados que tomó.

Seguía la tempestad,  
zumbaba agitado el viento  
rodando en la obscuridad  
y azotando la ciudad  
con temeroso concento.

Se oía caer bramando  
la lluvia de las montañas,  
de peña en peña chocando,  
á la llanura arrastrando  
espinos, olmos y cañas.

Y en el alto torreón  
aturdido el centinela,  
murmuró humilde oración  
acurrucado al rincón  
de la covacha en que vela.

Y al calor de su gabán,  
con el monótono arrullo  
que allí las aguas le dan,  
durmió rendido su afán  
oyendo el vago murmullo.

Soltó la lanza su mano,  
fijó el rostro en la rodilla,  
y así soñó el veterano  
una aurora de verano  
en un lugar de Castilla.

## II

Es grato en el blando lecho  
oir el viento que brama,  
y el agua que se derrama,  
sobre los techos rodar;  
oir en la estrecha calle  
el rumor acelerado  
de las armas del soldado  
que acaban de relevar.

Y en confuso remolino  
oir crecer la tormenta,  
que cambia, al pasar violenta,  
las veletas de metal;  
y oír zumbiar sacudida  
la mal sujeta campana,  
y oír en la ancha ventana  
temblar hendido el cristal.

El desvelado maldice,  
el tímido infante llora,  
la madre le mece y ora  
con religioso pavor;  
el enfermo se acongoja  
y el amante desespera,  
que acaso vela y le espera  
entre las rejas su amor.

Los de Zahara, silenciosos,  
ó velaban ó dormían;  
sólo en la villa se oían  
en la densa obscuridad,  
el agua de las goteras,  
el vago mugir del viento  
y el ronco y medroso acento  
de la negra tempestad.

Sólo en apartada torre  
del mal guardado castillo,  
con el fulgor amarillo  
de una lámpara al morir,

velan algunos soldados,  
y se siente desde fuera  
el rumor de una quimera  
y jurar y maldecir.

Se sienten sus carcajadas,  
sus apodos insolentes,  
que en todo hallan tales gentes  
contentamiento y placer.  
Se juntan en borracheras  
para acabarlas riñendo,  
y vuelven, en concluyendo,  
desde reñir á beber.

Y en el calor de la orgía  
y el vapor de los licores,  
disertan de sus amores  
en obsceno platicar;  
que su lengua irreligiosa,  
sin respetos y sin vallas,  
sólo de sangre y batallas  
ó mujeres ha de hablar.

De éstas se miran algunas  
con los soldados más mozos,  
en impúdicos retozos  
y deshonesto ademán,  
que osadas y descompuestas  
ó blasfemando ó riñendo,  
hasta embriagarse bebiendo  
desatinadas están.

La trémula llamarada  
de una hoguera agonizante  
presta á su rudo semblante  
una expresión más feroz;  
y recibiendo la bóveda  
la algazara en su ancho hueco,  
remeda con largo eco  
la desentonada voz.

Harto de vino y de amores,  
en dos bancos apoyado,  
cantaba un viejo soldado  
al son de un roto rabel,  
é hiriendo á compás la mesa  
con plato, copa ó cuchillo,  
aullaban el estribillo  
ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada brindis  
insensatos blasfemaban,  
y reían y danzaban  
completando la embriaguez;  
y sus sombras en silencio,  
gigantescas, agitadas,